



Noches

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos».
El viento de la noche gira en el cielo y canta.*

Pablo Neruda

Mi hermano Daniel



Daniel nació de noche. Debí haberlo odiado desde la primera vez que lo vi, pero no pude; siempre pensé que fue por él y por mi otro hermano, su gemelo idéntico, que mamá murió. También siempre comprendí que no podía culpar a un bebecito tan frágil y paliducho de algo tan atroz... Cuentan que no me movía de su lado. Apenas podía alcanzar a verlo, mi nariz con las justas llegaba al borde de su precioso moisés, todo bordado a mano por mi tía Rebeca. Fue amor a primera vista entre ese bebé y yo. Le costaba respirar, todos pensaron que moriría igual que su gemelo, pero no fue así: las ganas de vivir de Daniel sorprendieron a los pesimistas más incrédulos, y se salvó. Los abuelos consultaron con el mejor médico pediatra de la ciudad y le contrataron una enfermera de cabecera que no se separaba de su lado. Tenía esta mujer la manía de despertarlo de cuando en cuando, y esto por lo visto era algo bueno, ya que dormidito, algunas noches, Daniel dejaba del todo de respirar, y se ponía más morado que una remolacha hervida; al instante,

se escuchaban los gritos de desesperación de los familiares y sirvientes, seguidos por los rezos y súplicas de todos. Así se la pasaba Daniel: dándole sus buenos sustos a mis abuelos y a mis tíos que ya no hallaban qué más hacer.

Cuentan que yo acariciaba con mucha ternura a este hermanito más muerto que vivo, que se mantenía enrolladito y arrugadito como un cachorro asustado; le besaba su blanda cabecita hasta que solito se despertaba y empezaba nuevamente a respirar. Sus resuellos hondos de animalito sufrido parecían atorarse con el aire, hasta que poco a poco se tornaban normales y se llenaba el ambiente de una extraña serenidad, ya que los familiares presentes volvían, a su vez, a respirar. Yo trataba de soplarle más aire con mis labios, por temor a que no tuviera suficiente, y algunas veces aguantaba mi propia respiración cerrando mi boca hasta que explotaba, pensando que así habría más aire para Daniel. Luego, envolvía en mis manos pequeñas las manitas aún más minúsculas de mi hermanito, y le cantaba la única canción que me sabía:

*Los pollitos dicen «pío, pío, pío»,
cuando tienen hambre, cuando tienen frío.
La gallina busca el maíz y el trigo,
les da su comida y les presta abrigo.*

Se la canté más de cien veces, tantísimas, que seguramente lo harté. Por eso mi hermanito decidió mejor curarse, para deshacerse de mí y de la enfermera metiche que no lo dejaba

descansar a su antojo.

Según mi tía Rebeca, Daniel se salvó por mí. Mi amor por él conmovió a todos en mi familia, y me dio alas para volar muy alto. Soy la protectora de ese niño aún pequeño y flaquito, con sus facciones de angelito griego; con su pelo ondulado, rubio y sus ojos color de miel, tan transparentes y dulces como si fueran hechos de puro caramelo. Soy su hermana mayor, y él tal vez sea lo único que me quede cuando todos los demás ya se hayan ido... Daniel y yo, siempre, Daniel y yo.